

Improba navigii ratio: tumba con periscopio en *Nachleben* de Pablo Posada Varela

Alejandro Arozamena. Universidad de Murcia (España)

Recibido 02/11/2023

Resumen

Fuimos amigos, en verdad y hasta el final, de eso no cabe duda alguna. Por lo general, la gente suele pensar sin advertirlo siquiera mientras que en él, sin embargo, todo se advertía sin reservas, genialmente y de primeras, siempre a base de conceptos. Lo que, tal vez, no podía sospechar es que lo terrible del Todo (y todo lo terrible, de paso; es decir, el mítico *phoberon* de Homero, digamos) también estaba al acecho: se trata, nada más y nada menos, de ese «rien» que todo lo pierde... En un mundo asesino —*parce que c'est guerre*— convertido en el Todo para unos y el unos para el Todo, su desaparición, excesivamente pronta y desmedida como la de cualquier inocencia salvaje en su parpadeo fenomenológico, no arregla nada. Pero, ¿qué desaparición podría hacerlo? Antes bien, hace que nuestro desamparo se vuelva insoportable, casi alcanza a que gane la inmundicia de este mundo asesino, llena aún más la sinrazón y la vida (esta tumba onírica) de preguntas con periscopio: ¿y si no es ya la tierra, sino la mar, la que no se mueve? ¿es que no se acaba de apagar el Sol? ¿por qué ya no hay *melée* ni yunta (esa eternidad transitoria) que valga? ¿De qué material de ombligo se han contagiado todas estas olas?

Palabras clave: panegírico, estela de fenomenología no-estándar, amistad verdadera, *memento*, elegía, catafalco.

Abstract

Improba navigii ratio: tomb with periscope in *Nachleben* of Pablo Posada Varela

We were truly friends and to the end. We were friends and there is no doubt in this point. Generally, people tend to think without noticing, while in him everything was noticed without reservation, brilliantly and from the start, always based on concepts. What he perhaps couldn't suspect is that the terrible aspect of the All (and all that is terrible, by the way; let's say, Homer's mythical «*phoberon*») was also lurking: it's nothing more and nothing less than that *rien* that loses everything. In a killer world —*parce que c'est guerre*— turned into the All for ones and the ones for the All, its disappearance, excessively soon and immoderate as the disappearance of any wild innocence in its phenomenological flicker, doesn't fix anything. But, what disappearance could? Instead, it makes our abandonment unbearable, almost allowing the filth of this killer world to win, further filling the irrationality and life (tomb of dreams) with periscopical questions: what if it's not the earth that stops moving but the sea? Has the sun just gone out? Why is there no longer a *melée* or team (transitory eternity) that matters? What umbilical material have all these waves caught?

Key words: Panegyric, Non-Standard Phenomenology/Stele, True Friendship, *memento*, Elegy, Catafalque.

Improba navigii ratio: tumba con periscopio en Nachleben de Pablo Posada Varela

Alejandro Arozamena. Universidad de Murcia (España)

Recibido 02/11/2023

Hay que hacer tumbas con periscopio
Ramón Gómez de la Serna

L'homme d'entendement n'a rien perdu s'il a soi-même
Michel Montaigne

[...] *und so an sich einen Gegenstand des Wohlgefallens ausmacht;*
statt dessen das, was in uns, ohne zu vernünfteln [...]
Immanuel Kant

De los de mi generación —pero, ¿*quel bordel* sería esta cosa de una «generación»?—, yo no admiraba sino a Pablo Posada Varela. Y aún lo admiro, hoy, profundamente: desde mi tumba con periscopio, imaginándolo entre las nubes, como un sol (Pablo era solar hasta límites insospechados... al igual que el Sol, lo daba todo sin esperar nada en trueque: jamás profesó, y por cierto que invirtió más de una luna en ello, ningún tipo de bastanteo), espejándose mezclado junto a la mar y el cielo, reunido en eterna mereología con el Cosmos, la supuestamente agible Trascendentalidad Egoica, la capciosa Necesidad de la Despótica Contingencia y qué sé yo... tantos cuantos objetos metafísicos otros que, ahora mismo, simplemente se me antojan pandorgas y estafermos de extraciencia-ficción.

Quien se nos ha ido —y a quien tantísimo echaré de menos, ni que decir tiene— es él, pero quien se va a quedar solo, aquí, soy yo (¿cómo volver a enunciar: «yo soy tu amigo, Pablo?»), extraviado en mi propio ataúd con ventana. Tengo a mano algunos libros, eso sí, que sin duda sabré utilizar de aquí en adelante, mejor me vale, a guisa de periscopio. *Parce que c'était lui; parce que c'était moi...* Es decir que, al menos para mí, la verdadera vida solamente sigue deviniendo imaginable, o más en concreto: navegable, bajo su amaitinado periscopio¹. *Thalassa, Thalassa...* Pero, bueno, el «nada sino» seguirá siendo *volens nolens* «algo» más que nada.

¹ «Al albur» o «en jaez de», quizá «en parteaguas»... algo por el estilo diría yo que, casi seguro, hubiera escrito él: eran preciosos pero también precisos al máximo, y yo los amaba como un loco, sus hallazgos,

Entre todos los libros que nos intercambiábamos firmados desde cualquier lugar del mundo (todo Richir, alguna joyita de Balzac encontrada a pie de Sena o en las librerías de viejo en la fría Colonia, «este de Roland Breuer te vendrá muy bien para tu tesis sobre Proust, querido Alejandro»), entre todos los papeles y fotocopias en los archivos que guardo (él fue quien me consiguió escanear *Le monstre dans l'art occidental* de Gilbert Lascault, un libro que adoro y yo a cambio le conseguí «La caricia» de José Gaos), entre mis subrayados en los ejemplares de sus propios trabajos o los borradores, aún más sucios y llenos de apuntes por mi parte, de todo lo que traducíamos o publicábamos juntos... aparece, supongo que él también estaría flotando a la deriva, ahora un «rascaleches» de Miguel Hernández y... en fin, eso me lleva al *Cancionero y romancero de ausencias* casi inmediatamente.

Lo abro por la canción 51 y, como ya presentía, la tierra, la sangre y todo ese jolgorio de fascinantes fascismos y preciadas multiplicidades binarias, primero se van a licuar nada más leerlo (la tierra se me desangra, la sangre se me destierra) para, justo un instante después, congelarse de golpe. Y, entonces, es cuando lo comprendo: ha pasado un ángel. La cosa ya está clara:

[...] Memorias de la alegría,
cenizas latentes, doran
alguna vez las paredes
plenas de la triste historia.

Pero la casa no es,
no puede ser, otra cosa
que un ataúd con ventanas,

re-estilamientos y fetiches verbales. Porque Pablo, y toda su incansable labor editora y traductora lo demuestra, mejoraba cualquier texto (muy incluidos algunos originales de otros) que pasaban por sus brazos... Ojo: no digo «manos» sino «brazos». Por dos razones: a) era un estajanovista de mucho cuidado y jamás se le veía con un solo escrito o un solo libro en marcha, de modo que, ni avispándose las lo mejor posible, resultaría verosímil sostener tal volumen de trabajo solo con las manos y b) ponía tanto cuidado en lo que hacía que, más bien, parecía una caricia o un abrazo, lo que llevaba a cabo en todos sus quehaceres. Digamos, pues, que todo lo acunaba, volviéndolo absolutamente elegante pero es que, además de un solícito encanto, tenía *daimon*, «pellizco» o duende; es decir que, de algún modo, conseguía estar de acuerdo con la dignidad intrínseca de las cosas. A eso se le llama, asimismo, «tener ángel» (esto es: una *Stimmung* o una especie de vibración silenciosa —una pura tonalidad afectiva— que resta, quizá, una intraducible experiencia del mundo). Ese era su don y, como decimos, se trataba de un don absoluto.

con puertas hacia la aurora;
golondrinas fuera, y dentro
arcos que se desmoronan.

En la casa falta un cuerpo
que aleteaban las alondras.

La alegría entre nosotros
es una ráfaga torva.

En la casa falta un cuerpo,
que en la tierra se desborda.

No se trata, pues nunca se ha tratado, del enésimo *Subterranean Homesick Blues* de marras: eso se ve a la legua. Casi se diría que va de suyo. Y, aunque intentáramos con todas nuestras fuerzas que no cayera por su propio peso, la gravitación poética de su existencia fue tal (la de Pablo, decimos) que, justamente, tal y como le sucede a Hernández en su elegía, desmorona a esta y a cualquier otra pequeña estela de fenomenología no-estándar para el amigo muerto cuyo panegírico jamás será articulable...

Porque su ausencia desborda las palabras, es decir que las palabras se hunden fuera de sí, tiemblan fuera del lenguaje en la desmedida del cuerpo que, por sobrar en la tierra, a lo que parece, ya aborda los otros elementos. Así, lo que por desgracia escandimos ahora, en realidad, venía de otra parte: no hay recíproca ni alternativa, puesto que en la eventración de un duelo es imposible hacer más «pop-filosofía» que la que prende ser, pero también sentido, en lo más visceral de las entrañas: ¿quién era Pablo?, ¿qué quería él?, ¿cuál fue su trayecto y los textos y contextos que produjo o nos facilitó?, ¿cómo discurrió todo aquello?²

² Y la holgada producción bibliográfica de Pablo Posada en este punto es ineludible: toda una serie de libros (los publicados en su etapa de colaboración y membresía de Brumaria, por ejemplo), conferencias (el *Youtube* aún está lleno de los registros y grabaciones audiovisuales de sus fenomenales demostraciones neumáticas, conque podrá rastrearse fácilmente) y un sinnúmero de artículos diseminados por doquier (empezando por los publicados aquí, en *Eikasía*) a lo largo de los quince o veinte últimos años hablan sobre la visceralidad, la fenomenología del lenguaje, la psicopatología del *dasein* cotidiano, etcétera. Etc. Y eso por sólo agendar lo hasta ahora publicado. Lo que dejó inédito sin duda rozará lo ciclópeo, lo expedito, lo colosal... En fin: melancolía de las monumentalidades.

Mobilis in mobile, en efecto. Y, sin embargo, ahora todo sucede como si la *Leiblichkeit*, desde la noticia primera de su muerte, ya se las quisiera vampirizada por el mero *Körper*³. Sólo hacen las veces, a decir verdad, estas especies de *phantasiai* catalépticas, a modo de las que (eso dicen) practicaban los estoicos. Aunque, obviamente, mucho peores... como si el puro fantasma resultara, en este instante, el ser mismo de la carne. O su/mi dejadez, esa otra parábola expandida: como si la resistencia no formara parte desde el principio de la microfísica del poder, la anarquía coronada no fuera de antemano un órgano (sin cuerpo) de la desobediencia inducida, la tríada histeria-esquizofrenia-paranoia una astucia última de la razón burguesa o la deconstrucción

³ Fijo que se conocerá al dedillo. Sin embargo, tampoco se pierde nada por recordarlo y, además, intentaremos desprendernos así del tono fúnebre de entrada: se trata de una paráfrasis muy recursiva, esta del «yo-ataúd», que va —por atenernos exclusivamente al mundo moderno— de Baudelaire («*Je serai ton cercueil, aimable pestilence ! / Le témoin de ta force et de ta virulence, / Cher poison préparé par les anges ! Liqueur / Qui me songe, ô la vie et la mort de mon cœur !*») a Miguel Hernández pasando por el sansirolé de Heidegger (toda la consabida retórica del *Sein-zum-Tode* que increíblemente él era capaz de traslapar al más pintado: de Heráclito a Lukács, pasando por Freud pero, sobre todo, traspapelando a Husserl). Y no descarto, aunque todavía no haya podido hacer el suficiente tiempo para comprobarlo, que el propio Ortega no disponga de algún correlato al respecto. Es muy probable. Sólo que hasta el malogrado Hernández puede que fuera más regalado y pudiente que nosotros, al menos en esto. De ahí que él lo escribiera con «ese», en plural: ventanas. Por lo que se colige que su ataúd tenía más de una... A Alfred Jarry, en cambio, con un ventanuco ya le sobraba. Se sabe que, en la triste «*chambre*» en la que habitaba en París (segunda planta de la 7 rue Cassette) y en la que apenas cabía un alfiler, se había empeñado en instalar un falo de escayola tan grande que se salía por la ventana... Uno de sus propósitos más que declarados era, téngase por seguro, epatar a las visitas. De ahí que, cada vez que algún insensato o alguna insensata le preguntaba, sorprendida, si «eso» era suyo, Jarry respondía invariablemente: «¡Qué va! ¡Esto es una reducción! ¡El mío es muuuucho más grande!»... Pablo se desternillaba con esta anécdota que yo le recordaba siempre que nos veíamos. «Imagínate la cara que habrían de poner las señoras, Alejandro», me decía entre carcajadas... Lo cierto es que yo usaba este *witz* y casi cualquier otro que, por aquellas, me escondiera bajo la manga, siempre sornando aunque no siempre de cachondeo, para relacionárselo de la manera más chabacana que podía con los conceptos fenomenológicos últimos que él estuviera forjando o barajando. Por ejemplo: la diferencia entre *phantasia* e imaginación, la *epojé* y «el espectro fenomenologizante», la «reducción hiperbólica», etc., etc., y luego, a partir de nuestras discusiones, me las intentaba componer, así, en el *Übergang* entre orientaciones del pensamiento (fenomenología, psicoanálisis y dialéctica en mi caso). Pues bien, sobre todo hubo una ocasión en que ambos nos partimos de veras la caja: fue cuando pretendí traducir su «*levier phénoménologisant*» como «manubrio fenomenologizante» en vez de usar la clásica «palanca». Ahí, yo creo que por primera y única vez en la historia, conseguí desconcertarlo gravemente: el primer segundo en que nos miramos, justo después de proponerlo, me di perfecta cuenta de que para él eso era como si acabara de recibir una patada en el estómago. Pero acto seguido, al ver que yo estaba esbozando una sonrisa, fue él mismo, como siempre, quien hacía estallar la algarazara. Creo sinceramente que ninguno de los dos perdió, nunca jamás, ni sólo un segundo en enfadarse con el otro de veras. A día de hoy, como cualquiera se podrá imaginar sólo por la clase de humor que me gasto, parece ya un auténtico milagro incluso poder confesárselo a la más paradójica de las fraternidades que, como la suya, quiera volver a venir a darse.

misma perfectamente constructivista (de plusvalía, todo lo menos... ¿acaso hay otro remedio?). Y, así, sucesivamente.

Pero, vale: pasemos de la mereología y la meteorología —también ellas, en cierto sentido, no son más que cancioneros y romanceros de ausencias— a su complicidad dialéctica, a su presencia inseparable. *Torniamo a Roma*.

He aquí otra dedicatoria, perteneciente a otro de nuestros envíos epistolares: «Madrid, a 5 de octubre de 2012: Para Alejandro, de su amigo Pablo, esta prodigiosa fenomenología de la afectividad». Y, finalmente, una vez más, la escueta firma: Pablo⁴... Sólo que, en ella, las vocales se mimetizaban con los puntos y la be, de puro abierta, se asemejaba más que nada a la uve mayúscula: *P.VI*. Esa firma... contemplándola, ahora, pienso que era indeconstructible. Pero no sólo me refiero a su firma, sino a su propia individuación o mismidad diferencial en persona. Esto es: su singularidad universalizable.

Por otra parte, él ya había deconstruido siempre de antemano todo escabel especulativo en el que algo que no tuviera que ver con la vida misma escamoteara su sede, su legitimación o su *pax americana*. Aunque también pienso que la *khôra* y el «agalma» de Pablo desde luego que igualmente eran, como debe ser, muy otros: siempre estaban en otro lugar, en otra inmemorialidad quizá, en otro «tener lugar», en otro desierto dentro del desierto si eso se pretende, pero siempre estaban más apegados al mundo —y, por lo tanto, se veía más afectado por el mundo— que los del resto del mundo consigo mismo. Pablo no sólo se sostenía a sí mismo, sino que sostenía a la totalidad materialista esa que llamamos «un mundo».

Yo diría incluso, extrapolando lo que hiciera falta, que Pablo Posada Varela fue, en algún sentido pero sin duda en todas las direcciones, el «san Pablo» de la fenomenología contemporánea: Husserl, pero también Badiou, Richir y Ricardo Sánchez Ortiz de Urbina, por ejemplo, se entramaban y desplegaban en sus trabajos a modo de un cuaternario perfecto (finísimo concedor de Hegel, por otra parte, Pablo

⁴ Se podría decir que encarnaba (tal vez a su pesar) algo así, por otro lado, como lo que el propio Derrida soñaba ser él mismo. A saber, un fenomenólogo «*d'avant toute chrono-phénoménologie, toute révélation, toute dogmatique et toute historicité anthropo-théologique. Ce lieu n'est ni un sol ni un fondement. Là pourtant viendrait prendre appel l'appel à une pensée de l'événement à venir: de la démocratie à venir, de la raison à venir. À cet appel se confient tous les espoirs, certes, mais l'appel reste, en lui-même, sans espoir. Non pas désespéré mais étranger à la téléologie, à l'espérance et au salut de salvation. Non pas étranger au salut à l'autre, non pas étranger à l'adieu ou à la justice, mais encore rebelle à l'économie de la rédemption*». Pero, en fin, se verá en breve.

sabía muy bien que la lógica ternaria de una dialéctica exige, para su comprensión espiritual absoluta, es decir para su transferencia, como mínimo un cuarto término).

Claro que su movición no fue, para nada, cristiana y, a diferencia de Saulo, a él le fue dado el fin del mundo (o sea: España) al mismo tiempo como punto de partida y como ideal de llegada. Y, por añadidura, en su quehacer fue más superfilósofo que antifilósofo. Lo cual no obsta para que se distinguiera perfectamente, en él y por todas sus hechuras, la efectividad universalista de un trayecto (filosófico y, ante todo, fenomenológico) pero también una máxima de perseverancia en dicho trayecto (un «biendecir»). De ahí su estilo más allá del hacer en la pluralidad del sentido: existía en él una *cielitud*, esa especie de santidad, una incansable inocencia⁵.

Fuera de *corpus*, también se halla la Verdadera Vida Ausente. Lo cual se ajusta de perlas a la magnífica y célebre metáfora que Alain Badiou localizaba en su *San Pablo. La fundación del universalismo*. En estricto, se encuentra en Cor. II, 4, 7: «Pero este tesoro lo llevamos en vasijas de barro, para que todos vean que una fuerza tan extraordinaria procede de Dios y no de nosotros». Pero dice Badiou:

[...] el tesoro no es más que el acontecimiento mismo, es decir, un haber-ocurrido totalmente precario. Hay que llevarlo humildemente, en una precariedad que le sea homogénea. [...] Esto es la vasija de barro. Cualquiera que sea el sujeto de una verdad (de amor, o de arte, o de ciencia, o de política) sabe que, en efecto, lleva un tesoro, que está transido de una fuerza infinita. Sólo depende de su debilidad subjetiva que esta verdad tan precaria persista o no en desplegarse. Entonces se puede decir que no la lleva sino en una vasija de barro, soportando día tras día el imperativo, delicadeza y pensamiento sutil, de velar para que nada la rompa. Pues con la vasija, y en la disipación en humo del tesoro que contiene, es él, el sujeto, el portador anónimo, el heraldo, quien también se rompe.

⁵ Y que no se vea aquí ni un ápice de idealización sublimadora o de recuerdo encubridor. Me remito a la mitad de sus penurias y al centipondio de sus esfuerzos más que probados antes de su desaparición, la cual sostengo que será interminable: jamás dejó de trabajar, sin reposo y a velocidades realmente intempestivas para las condiciones (muy precarias: toda la consistencia de su ser estuvo siempre viéndoselas marcada contra la insoportable precariedad ontológica) y los resultados (siempre universalizables) que conseguía. De hecho, en otros tiempos, se habría dicho que sólo conoció «exilios y galeras»... No bien su dulzura siempre fue invencible y, todavía, permanece. ¿Lección clave y absolutamente universal de todo lo que nos ha entregado? Que la afectividad (la fragilidad del deseo pero también el coraje de la verdad y la perseverancia en la subjetivación fiel) supondrá para siempre, poco importa la nueva orden, un valor de uso indestructible.

Si bien su procedimiento general, aunque nunca jamás estandarizable, fue el fenomenológico y su problemática personal y vitalísima la mereología, para nosotros las rupturas acontecimentales se constituyen siempre a partir de individuaciones más acá del cuerpo y del lenguaje pero se subjetivan prendiendo sentido, encarnándose simbólicamente, en la vivacidad cotidiana de los inconscientes ideológicos y libidinales. En otras palabras: la individuación es fenomenológica (se trata de la indeterminación absoluta sita en un *Nullpunkt* o un *wesen* salvaje), la subjetividad es simbólica y radicalmente histórica (aquí tendríamos la *Spaltung* entre el sujeto libidinal y el ideológico) y la subjetivación dialéctica (sería la verdadera vida como agenciamiento colectivo, afirmacionismo o multiplicidad infinita de todo lo anterior).

Veamos esto último en una micrología muy básica (binaria a más no poder), o sea un poco más de cerca y en el silabario orientativo que aportan las tres orientaciones del pensamiento:

Fenomenología	Psicoanálisis-Radical historicidad	Dialéctica
Ni sí, ni no	Sí/no	No..., sino

O de otro modo: la fenomenología, el psicoanálisis o la dialéctica no son, en definitiva, sino esas palancas (o manubrios, en la pluscuandetestable traducción que mentaba yo antes), periscopios orientativos y prótesis activas, siempre al mismo tiempo, de los respectivos inconscientes (a saber, precisamente: el inconsciente fenomenológico, el simbólico y el dialéctico). Y Pablo, además de mover el mundo y todos nuestros mundos, fabricó la más fina porcelana con ellos. Ahí sigue la vasija y el tesoro en el que encerró la *cielitud* para nosotros: basta con poner a prueba el valor universal tanto del núcleo de su pensamiento como la transtemporalidad de su prosa⁶.

⁶ Su creación conceptual, quizá sólo ahora lo veo, fue perfectamente sintomática. Aunque, en algún sentido, siempre lo es. En su caso dependía enteramente de su nominación subjetiva. Pablo era un militante fiel de las verdades: y esto, asimismo, quiere decir que los conceptos le nombraban en los puntos más declarativos de su propia *Leiblichkeit*, le nombraban como sujeto en rumbo a una intersubjetividad nueva, emancipadora y también le nombraban en el entusiasmo que él mismo confería a la suposición del carácter acabado, sin *sprezzatura*, del proceso en sí. Tal era su pasión (ultrafilosófica, como decimos) por lo real, el mundo y la verdadera vida.

Pero tal santidad, en el mundo tal cual es (actualmente, a todas luces, imperialista), implica una condenación obscena. Lo sublime que anunciaba y compartía ya ni siquiera puede ser considerado negativo por el estado de la situación. Para dicho mundo se trata, más bien, de algo hediondo, feo, horrible (*häßlich*). Y, en cambio, para Pablo me da que lo sublime, sin pensarlo mucho, no era más que lo cotidiano en sí mismo: a estas alturas, estará haciendo Fenomenología no-estándar del Cielo, o quizá ya ande por la Fenomenología Ampliada de la Salvación (*Heilsgeschichte*) en vías de apremio. Comoquiera que fuere, mejor nos irá partiendo de la más ingenua de las constataciones: no se dará *ἀνάστασις νεκρῶν* alguno. Más nos vale olvidarnos de eso, en efecto.

Recuerdo un poema muy sintomático para los tiempos que corren y que, por lo general, suele ser automáticamente borrado de todas las antologías y, sin embargo, ostenta el récord de haber sido el primero en llevar la palabra *bullshit* a la poesía en lengua inglesa (según el diccionario Oxford, seguido muy de cerca por Ezra Pound, Wyndham Lewis, y e. e. cummings). Se titula, aunque de algún modo ya lo he anticipado, *The triumph of bullshit* y su autor no fue sino T. S. Eliot, obviamente. Como decimos no vio la luz, y sólo de manera póstuma, hasta 1997 en la recopilación de sus primeros poemas que apareció, por aquellas, bajo el título *Inventions of the March Hare: Poems 1909-1917*. Pues bien: no vamos a reproducirlo aquí en su *enteridad*, pero de eso (la peor traducción —para no variar— que se nos ocurre sería, así, a bote pronto: «el triunfo de la caca de vaca») es de lo que, en efecto, estará compuesto ese mar a través del cual, sobre todo sin él, nos quedan por empastelar, todo lo poco, unas 20 mil leguas de viaje submarino.

Vous êtes embarqué. Y lo peor es que, por mucho que alguien venga a no decir, una vez más, que las cosas viven... Sólo será verdad, a medias y ciegamente: porque las cosas ante todo sueñan, y ya nadie soñará —como hacía él— con que se despiertan. Claro que, cuando uno reduce toda esta hedionda estupidez ambiente y su amable pestilencia digital e infrascrita (*ubi dolor, ibi digitus*), por definición tendríamos que llegar a algún tipo de inconsciente activo del sentido, los significantes y las verdades, a fin de poder apostar, así, por cierta inteligencia «otra» del sueño...

Siempre hay peces que olfatean al albur del periscopio, no obstante. Quizá por lo mismo que siempre habrá dos tipos de profundidades oníricas: la despierta y la

dormida. Y ambas comportan, de hecho, sus propias arquitectónicas difusas: unas veces —por así decir— ensoñantes y, otras, más bien ensoñadoras⁷. A los plausibles y despiertos supervivientes (si es que existen: porque una verdadera *Nachleben* depende siempre y en toda circunstancia de la orientación y el rumbo, es decir, de la singladura) no nos quedará otra, por tanto, que abandonar a un tiempo toda esperanza (Dante) y toda desesperanza (Lautrèamont). En una palabra: encontrar nuestra matemática severa, hacer de ella nuestra pasadera Beatrice y procurarnos volver a renacer. Una vez más. Antes que nada, pero después de todo. Y, en fin, hacerlo sin Pablo... *Porca Miseria*.

Ese será el funesto arte de la navegación que nos espera y del que, por lo demás, ya nos avisaba el materialismo de Lucrecio. Pero, otra vez, todo ello va de suyo y sin duda que al gairete. Nuevamente milagrado y malogrado, como los *clinamina* volverá a caer y, por descontado, que siempre ya habrá venido de otra parte: jamás podremos extirparnos (de) lo real. Ni de tripas corazón, ni a hoces y coces.

⁷ Tampoco se puede soñar en común, lamentablemente. A este respecto, Husserl lo tenía clarísimo. En su correspondencia con Hering de los años 30, puede leerse: «La intersubjetividad en el mundo del sueño es, evidentemente, una pseudo-intersubjetividad, así como el mundo del sueño es un pseudo-mundo y el Yo del sueño pseudo-Yo. No teniendo “pseudo”, aquí, en otro sentido que el de representación. Un sueño en común es algo tan absurdo como un recuerdo en común o un común flujo de conciencia». Por eso, entre otras cosas, el despertar es urgente. Y a ese despertar es a lo que nosotros llamamos «comunismo genérico». Para la carta de Edmund Husserl *cf. Alter*: «Veille, sommeil, rêve», n.º 5, 1997, p. 190.

